

A través del espejo Turner otra vez

Hugo Hiriart

*Madurar es recobrar el sentido de la seriedad
que uno tenía al jugar, cuando niño.*

Nietzsche

No hay plazo que no se cumpla: se acercaba la hora de regresar a México, el lunes primero de septiembre daban comienzo mis clases en la Universidad donde trabajo y me disgusta ser impuntual o faltista. Me disponía a explorar un ciclo de películas viejas de Charlton Heston, algunas de las cuales desconocía, en la sala Walter Read del Lincoln Center y hacia allá dirigía mis pasos. Entonces me di cuenta de que había postergado la visita al Museo Metropolitano para disfrutar la exposición de Turner. La razón es que ya había visto dos bien surtidas exposiciones del gran pintor romántico inglés, una en México, otra en Londres, y bueno, ésa sería una tercera visita... Camino al cine iba ponderando la cuestión, y di

en razonar que no era razón suficiente recordar esas lejanas muestras, y que había que preferir a Turner otra vez sobre el grandilocuente, aunque eficaz, Heston, eterno presidente de la Asociación del Rifle, como se sabe. Así que volví sobre mis pasos, tomé un camión transversal, *cross town*, y crucé al East Side, donde se alza el Metropolitano.

Pero ¿quién fue Turner?

Fue Joseph Mallord William Turner (1775-1851) hijo de un peluquero que, al advertir el enorme talento de su hijo, cerró la barbería y se dedicó el resto de sus días, con buena fortuna, a industrializarlo. La madre, mujer muy violenta, muere loca apenas en 1804. Turner será misántropo, avaro, no se casará —aunque se entenderá en amores con Sarah Damby—, y llevará su enemistad con el género humano a tratar de vivir de incógnito amparado en el pseu-

dónimo de señor Booth. Así fue cobrando esa fama de loco que lo acompañó gran parte de su vida. Como sea, el artista viajará gozosamente y conocerá fama fervorosa que él, claro, despreciará. Turner era breve y gordo, de nariz ganchuda y rostro impaciente y agresivo. Todo indica que en algunos capítulos su vida fue cumplida y dichosa y en otros fue, inevitablemente, adversa pero podemos suponer que un hombre que pintaba como él, con esa pasión y esa maestría, no pudo ser muy infeliz. Ejemplarmente, legó la vasta fortuna que logró atesorar a los artistas pobres, pero su testamento fue declarado nulo y el dinero generosamente destinado fue atajado por la habilidad de parientes tan ávidos cuanto codiciosos.

Fue Turner el más grande pintor de un tema muy poco frecuentado por otros artistas: los incendios. Podemos imaginarlo extasiado ante un buen y vigoroso siniestro, apreciando: “mira esos tonos, qué luz, qué brillo”. No le reprochemos nada, el arte tiene fuentes inesperadas. Otras catástrofes habrían de atraer su maestría: las tormentas cerradas y sobre todo los naufragios. Él pudo haber sostenido lo de aquel verso de Lermontov: “yo que busqué la calma en el corazón de la tempestad”. Y sí, Turner la buscó y la encontró. Todo el Turner romántico está en esa sensibilidad a la poética de los desastres.

Vastedad inacabable, agua, drama, crepúsculo —“como un rey oriental el sol expira”—, niebla, luz, todos los matices de la luz, rocas, valor expresivo del color, desdén por los detalles... Digamos en resumen: fuego sobre el mar.

John Ruskin, el meditador social, el prosista extraordinario, maestro de Proust, fue el defensor, el campeón incansable de la pintura de Turner. **U**



J. M. W. Turner, *El incendio de la Casa de los Loaves y de los Comunes, 16 de octubre de 1834, 1835*